

En la mitad del corazon me ha herido
 Con el desprecio de Brenilda, y esta
 Es una injuria que jamas sabia
 Mi rabia perdonar. . . ¡Oh! y ofrecértela
 Pude yo en un momento de locura?
 Cuándo pudiste acaso merecerla?
 Quién eres tú para que á amor tan alto
 Las torpes alas á tender te atrevas?
 Arrodíllate, esclavo: de rodillas
 Debes oír su nombre: el labio en tierra
 Le debes pronunciar, el polvo solo
 Para besar en que sus piés asienta:
 Tienes razon, no hay paz entre nosotros,
 Ni treguas, ni amistad: y en las estremas
 Horas que á un tiempo de peligros tantos
 Circundan y amenazan mi existencia,
 No por mi salvacion te envia el cielo,
 Sino porque de tí vengado muera.
 ¡Oh! y morirás: el término aplazado
 De mi aliento vital siento que llega,
 Porque veo que el mundo se desploma
 Sobre mí; pero ve lo que te resta:
 Este alcázar va á ser nuestro sepulcro;
 Yo le defenderé mientras que tenga
 Solo un soplo de vida: hasta esta hora
 Tú conmigo estarás, y cuando sienta
 Que el alma me abandona, haré implacable
 Arrancarte la tuya en mi presencia.
Rod. Yo la daré tranquilo, porque nada
 Mi ánima ya del universo espera,
 Y porque si tú vences, todavía
 Para vengarme á mí Rosmunda queda.
Alb. Rosmunda? Desvarías con el miedo.
 Si ella con tus lombardos se presenta
 Delante del palacio, á sus balcones
 Haré colgar tu lívida cabeza:
 Y tus mismos lombardos al mirarla,
 Antes que en mí te vengarán en ella.
Rod. No; la sombra insepulta de Comundo,
 Con ella va y en su favor pelea.
Alb. Qué estás diciendo?
Rod. Que el misterio sabe
 Que en esa copa tu furor encierra,
 Y que esta noche cerrará Rosmunda
 Del padre rey la profanada huesa.
Alb. Tú se lo descubriste?
Rod. La he pagado
 Secreto con secreto, deber era.
 No hay esperanza; contra tí, Alboino,
 Hasta los muertos sus sepulcros dejan;
 Y no reposarán en sus sepulcros
 Hasta que al tuyo descender te vean.
Alb. Tantos descenderán de mí delante,
 Que les haré tal vez perder la cuenta,
 Y te juro que no has de ser el último
 De mi mortuoria comitiva.
Rod. Llega
 Todavía mi brazo hasta mi espada,
 Y en tanto, rey, que levantarla pueda,
 Ni moriré como cobarde esclavo,
 Ni seguro estarás delante de ella.
Alb. Y hombre soy yo que obligaré á tu espada
 Con el brazo á caer que la sostenga,

Si antes que de la vaina la desnudes
 Aquí á mi voz mis húngaros no llegan.
 Hola! Bucilio.

ESCENA IV.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA.

Ros. Qué quereis?
Rod. Rosmunda!
Alb. Oh! me los junta mi feliz estrella!
 Bucilio, pronto á mí!
Ros. No será fácil
 Que ya á tu voz á presentarse vuelva.
Alb. Por qué?
Ros. Porque está lejos: Alboino,
 Tu voz á la honda eternidad no llega.
 Mira.
(Abre las puertas del fondo, y ve una guardia romana y á Bucilio tendido á un lado.)
Alb. Traicion tamaña!
Ros. Es obra mia.
 Yo metí con silencio y con destreza
 En tu palacio á los lombardos antes
 Que Bucilio á tus húngaros metiera.
 Y he vendido á Verona á los romanos,
 Al caro precio de tu sangre régia.
 Ea, pues, á morir como quien eres
 Disponte ya; tu comitiva es esa.
 Esos romanos que Lonjino envia
 Para llevarle la ofrecida prenda,
 Tu tronco real conducirán al campo,
 Y ante el emperador tu real cabeza.
Alb. El coraje me ahoga.
Ros. Ahora, Alboino,
 Si es que en señal de despedida eterna
 Quieres vaciar el postrimero vaso,
 Tu copa de marfil te daré atenta,
 Diciéndote á mi vez: "Bebe, Alboino,
 Que con mi padre bebes;" mas contempla
 Que si me has dado en muchas tu venganza,
 Yo te he dado la muerte en la primera.
Alb. Oh! te sabes vengar!
Ros. Tú me enseñaste:
 Y lo bien que aprendí para que veas,
 Sabe que el cetro de Comundo vuelve
 A mi mano otra vez, é Italia entera,
 Amparada mirándome de Roma,
 Me aclama al par libertadora y reina.
Alb. Tú amparada por Roma!
Ros. Sí, Alboino,
 Y en tu lugar sobre tu solio puesta.
Alb. Ahora comprendo el bárbaro desprecio
 Conque á Brenilda ajó. . . reinas esperas
 Con Rosmunda tambien!
Rod. Tente, Alboino;
 Yo no tengo cual tú sangre de fiera,
 Y ni lecho, ni trono ni sepulcro
 Sabria nunca dividir con ella.
Ros. Mas partirás con él mi cruel venganza,
 Que sabré sobre tí lograr entera.
Alb. ¡Oh, respiro. ! Os odiais; gracias, oh Averno!
 Rosmunda, ya lo ves, su odio me vengá.

Todo por él lo has hecho, pero todo,
 Porque viene de tí, te lo desprecia.
Ros. Pues mas caro que tú mis iras pagas,
 Va á pagar el desprecio que me muestra:
 Y siento por quien soy que mi venganza
 Ver, Alboino, hasta su fin no puedas;
 Porque tal es, que la creyeras tuya
 Viéndola tan medida y tan completa.
Alb. Tambien la mia lo es, puesto que os dejo
 Aborreciéndooos siempre, y me consuela
 Morir sabiendo que en ausencia mia
 Vivireis en discordia sempiterna.
Ros. Oh! te lo creo; mas te aguardan, parte:
 Rey Alboino, mi justicia es recta.
 Tu sepulcro está allí, mas no vacío;
 La sombra de mi padre en él te espera.
Alb. Yo al lado suyo dormiré tranquilo,
 Y en su tumba entraré con faz serena,
 Porque no piense que al morir, su espíritu
 El corazon con que le odié amedrenta.
 Goza, pues, de tu suerte y tu venganza
 Como gozarla supe yo: y no temas
 De mis labios oír súplica inútil
 En favor de otra víctima que deja
 Mi torpe imprevisión entre tus manos,
 Y á quien no salvará ni su inocencia.
 Y no quiero gastar mi aliento en balde,
 Y desmentir la heroica grandeza
 Con que debe arrostrar esta venganza
 Quien de esa copa se sirvió en la mesa.
 Sí, yo sabré morir como he vivido,
 Mi suerte afrontaré tal como sea,
 Y espirará Alboino sin que ecshale
 Un ¡ay! su corazon, ni un ¡ay! su lengua.
Ros. Ve, pues; sabeis mis órdenes; cumplidlas.
Rod. Venganza es harto justa, pero horrenda
 Tu venganza es tambien.

ESCENA V.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Deten la planta;
 Cumplir me resta la mitad segunda:
 De Comundo vengué la causa santa,
 Mas falta aún la causa de Rosmunda.
Rod. Véngala tú; yo parto en el momento
 De Italia para siempre, que me aterra
 Que á la par nos cobije el firmamento
 Y al par nos sufra sobre sí la tierra.
Ros. Tanto, pues, me aborreces?
Rod. Cuanto cabe
 En ofendido corazon humano,
 Cuanto tu mente concebir no sabe,
 Y mi lengua esplicar querria en vano.
 Y á mi sincero corazon perdona,
 Rosmunda, esta verdad: tu faz sombría
 Me espanta aun á través de esa corona
 Que te ciñe la sien de pedrería,
 Mas que no la ennoblece ni la abona.
 Esos altivos y radiantes ojos
 Por quien varones mil tal vez deliran,
 Corazones rindiendo á sus antojos,
 Dan al mio pavor cuando me miran.
 Y esa romana y clásica hermosa
 Que hace admirar tu forma majestuosa,
 No sé qué tiene para mí de oscura,
 Que hace á mis ojos tu beldad odiosa.
 Un Dios, ó un mal espíritu en tu pecho
 Encendió una pasion que te esclaviza,
 Y no puedo vivir bajo de un techo
 Que cubra esa pasion que me horroriza.
 Tal vez dirás que tus hechizos dejo
 Por los de otra mujer. . . mujer perjura!
 Mas si amé á otra mujer que imájen pura
 De los cielos creí, cuando reflejo
 La concebí de tu maldad impura,
 La odié tambien, y de las dos me alejo
 Despechado á llorar mi desventura.
 Adios, pues, oh Rosmunda! ya vengada
 Quedas y reina, y al romano unida,
 Los lombardos de tí no esperan nada,
 Ni quieren de tu tierra ensangrentada
 Mas que el sol que señala su partida.
 Adios.
Ros. Espera.
Rod. Qué?
Ros. Pues te he escuchado
 Esa que acabas relacion funesta,
 Justo es que de mi labio apasionado
 Escuches tú tambien una respuesta.
 Tus bárbaras palabras una á una
 Aquí, en mi corazon cayendo han ido,
 Ahogando en él sin compasion alguna
 Cuanta esperanza en él se ha mantenido,
 Tú me has abierto el tuyo: es, pues, forzoso
 Que el mio te abra yo, y de cerca al verle,
 Penetres en su centro misterioso
 Y aprendas de una vez á conocerle;
 Tú me has aborrecido, y yo te amaba!
 Con insolente mofa, tu desprecio
 De sí apartó cuanto mi amor te daba,
 Y aun retó á mi furor tu orgullo necio.
 Por tí ultrajado, y de tu amor testigo,
 Cambióse al fin mi corazon contigo.
 Oye, pues: la pasion que te horroriza
 No existe ya en Rosmunda: el odio insano
 Que implacable hacía mí te fanatiza,
 Reina en mi pecho con poder tirano.
 No soy ya la Rosmunda que te adora,
 Soy la Rosmunda que ultrajada y fiera,
 Del inmenso furor que en sí atesora,
 Viento va á dar á la gigante hoguera.
 Rosmunda solo sabe, Rodimiro,
 O amar, ó aborrecer, mas nunca olvida:
 Ama de amor hasta ecshalar su vida,
 Y aborrece hasta el último suspiro.
 Tan poderosa, pues, tal en grandeza
 Mi amor concluye, y mi venganza empieza.
 Oh! y aun no afrontes con mi faz sombría
 Tu desdeñoso continente fiero,
 Y escucha con paciencia todavía,
 Pues mi venganza que comprendas quiero.
 Piensas dejar la Italia prontamente;
 Mas cómo?
Rod. En paz con Roma, estorbes vanos

Me opondrás á que parta con mi jente.
Ros. Les quitarán los hierros de las manos?
Rod. Qué es lo que dices?
Ros. Tu legion valiente
 Dejó esclava tambien de los romanos.
Rod. Miserable de mí!
Ros. Ya te lo dije,
 Solo sé amar ó aborrecer: si necio
 Mi odio fatal tu corazon elige,
 Mi odio y mi amor le costarán gran precio.
 Escoge; aun puedes: mi piedad es tanta:
 Con los tuyos esclavo ó rey conmigo.
Rod. El cielo mismo junto á tí me espanta:
 No, antes morir que respirar contigo.
Ros. Está bien; morirás: mas antes quiero
 A esa que tanto amaste en algun día,
 Que des al menos el adios postrero.
Rod. No, no la quiero ver.
Ros. Oh, es cosa mia!
Rod. Ah! me hiela de horror tu aspecto fiero!
Ros. Así el desprecio de mi amor se espia,
 Y el cáliz del rencor se apura entero.
 [Va á la puerta de la izquierda, y abriéndola llama á Brenilda en alta voz.]
 Brenilda.
Rod. Ah! Yo no sé qué vaticino
 De horrible aquí!
Ros. Quimérico recelo.
 Brenilda.
Rod. Oh! no la llares!

ESCENA VI.

ROSMUNDA, RODIMIRO, BRENILDA.

[Brenilda al salir se detiene á la puerta, junto á la cual está Rosmunda cruzada de brazos, sombría é inmóvil. Rodimiro permanece en el centro de la escena sin mirar á Brenilda.]
Bre. [al salir, deteniéndose.] Santo cielo,
 Aquí aún...! A qué lúgubre destino
 Vuestra calma fatal sirve de velo?
 Oh! hablad por compasion.... Qué es de Alboino?
Ros. [á Rodimiro.] Su primera palabra.



Bre. Habla; qué es esto,
 Rodimiro? qué es de él?
Rod. Déjame, ingrata!
 Apártate de mí! yo te detesto!
Ros. [á Brenilda.] Ya lo oyes.
Bre. Ay de mí! Su voz me mata!
 Mas no hablo ahora de mi amor... mi oído
 Percibió aquí su voz... confuso estruendo
 De gentes escuché... dó está? qué ha sido
 De Alboino? Acabad.
Ros. [á Rodimiro.] Ya la estás viendo.
Bre. Oh, acabad de una vez! Hablad, señora,
 Vos que sabeis cuánto le amé... de hinojos
 Os lo ruego á los dos.
Ros. Sea en buena hora.
Bre. Dónde está? dónde?
Ros. [Abriendo la puerta del fondo, por delante de la cual se ve pasar el cadáver de Alboino, llevado en hombros de los romanos.]
 Aquí; vuelve los ojos.
Bre. Padre mio!
Rod. [horrorizado.] Ah! Su padre?
Ros. Es Alboino;
 Y tú, que á mi furor le has entregado
 Dentro de este aposento, su asesino.
Rod. Miente, Brenilda, miente: ¡oh! nunca creas
 Que en su sangre real teñí mis manos.
Bre. Apártate de mí... oh! maldito seas!
Rod. Ah, entiendo toda tu maldad.
 [A Rosmunda, dirigiéndose á ella en actitud amenazadora.]
Ros. Romanos,
 Vuestro esclavo tomad.
 [Los romanos le sujetan.]
Rod. Yo esclavo!
Ros. Ahora
 Mide hasta dónde mi rencor alcanza.
Rod. Toda su sangre sobre tí, traidora!
Ros. Toda la necesita mi venganza
 Gota á gota sorber. Ve, pues, implora
 Al cielo si en él crees; y cuando presta
 Tu alma á partir del corazon se ecshale,
 Dile á ese corazón que me detesta,
 Lo que el cariño de Rosmunda vale,
 Lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.

SANCHO GARCIA.

COMPOSICION TRAGICA, EN TRES ACTOS.

AL LICENCIADO EN DERECHO

DON JUAN BAUTISTA DE BERATARRECHÉA,

EN MUESTRA

DE FRANCA AMISTAD,

José Zorrilla.

MADRID, noviembre 12 de 1842.

PERSONAS.

SANCHO GARCIA, conde de Castilla.
 LA CONDESA VIUDA, su madre.
 HISSEM-ALAMAR.
 ESTRELLA.
 SANCHO MONTERO.

SIMUEL BENJAMIN.
 ELIAS.
 UN CABALLERO.
 CABALLEROS, PAGES, VILLANOS.

La escena es en Burgos, por los años primeros del siglo XI.

ACTO PRIMERO.

Parque del palacio ó castillo de los condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha, una puerta que da á las habitaciones del conde. En la del fondo otra que da á las de la condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario un cenador ó kioski, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo, se estiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles, y es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA Y ESTRELLA.

Est. Señora, retirémonos; la noche
 Es cada vez mas lóbrega y oscura,
 Y os daña la humedad.
Condesa. Estrella mia,
 Tanto este sitio mi dolor endulza,
 Que siempre me apesara y me contrista
 Abandonar su soledad inculta,

Porque siempre que dichas imagino,
 Tan solo aquí mi corazon las busca.
 Ves los millares de hojas que en los árboles
 Al paso de los zéfiros susurran?
 Pues un recuerdo delicioso, Estrella,
 Germina en mi memoria cada una.
 Si de aura mansa al perfumado soplo
 En apagado son lentas murmuran,
 Adormecen mis penas, y me tornan
 En gozo melancólico mi angustia.
 Si ráfaga veloz, con roncás alas
 Cruza sus ramas y en sus ramas zumba,
 Responden á su son dentro mi pecho
 Secretos mil, que mi conciencia anublan.
 Oh! y tengo tantos cual menudas hojas
 Esta enramada soledad fecunda,
 Tan espuestos al viento como ellas,
 Y como ellas tambien tranquilos nunca.
Est. Si humilde lealtad puede esas penas
 Calmar, en mí depositad algunas,
 Señora, y si al consuelo se resisten,
 Al menos de hoy las lloraremos juntas.